

neros de elocuencia se tocan y prestan recíprocos auxilios, hay ocasiones en que el lenguaje del orador parlamentario debe tener la severidad y austeridad que las oraciones del púlpito, y para esos casos será bueno que el orador haya leído á Flechier, Massillon, y como mas próximo á nosotros y mas en el gusto de nuestros dias, al padre Lacordaire.

Finalmente, que el orador se dedique por separado á la lectura de las obras poéticas, entendiendo bajo este nombre no solo las de número y medida, sino todas aquellas en que brillan la imaginacion, los giros de la fantasía y los pensamientos elevados. El orador parlamentario cuyo lenguaje no es poético, no es mas que medio orador. Lord Byron, Chateaubriand, Lamartine y otros, ofrecen abundantes modelos para formar el mejor gusto.

Réstanos solo dar una ligera ojeada á nuestra elocuencia parlamentaria actual.



CAPITULO IX.

Oradores contemporáneos españoles.

No basta tomar el sabor y el tono de los oradores antiguos ó de los modernos extranjeros. Cada lengua tiene su índole particular, su filosofía, su mayor ó menor cadencia, sus giros peculiares, y el orador parlamentario debe acomodarse á todas estas observaciones, si no quiere traspasar un desagradable estranjerismo. Por eso queremos hablar de los oradores contemporáneos de nuestro pais.

Delicado es ciertamente sacar á la escena á los hombres que viven entre nosotros, calificar y comparar los dotes oratorios que los distinguen: pero la imitacion actual pide modelos actuales, nadie puede ofender cuando admira, y yo no temo ser parcial porque escribo, como dice Tácito, sin amor y sin odio, y antepongo el interés de mi conciencia al interés de los partidos.

ARGUELLES: Yo no he alcanzado á aquel sol mas que en su ocaso. Conociase al escucharle que los años, los disgustos y los padecimientos, habian quebrantado su

alma á la vez que su salud, y que sus palabras eran los restos conservados en el naufragio, los ecos casi espirantes de una voz que habia sido inmensamente poderosa. Ya no nos presentaba aquel varon insigne y virtuoso en la lucha parlamentaria, mas que el esqueleto; pero era el esqueleto de un gigante que hacia calcular hasta dónde en sus buenos dias habria llegado su fuerza omnipotente en la tribuna. Era claro y fluido en sus razonamientos, y aunque algunas veces degeneraba en difuso, y por consiguiente en lánguido, se reanimaba en ocasiones, y entonces aparecia enérgico, rápido, vehemente, y con una valentía de imágenes y de conceptos que apenas se podia comprender en su edad avanzada. La idea que se tenia de su virtud, entraba por mucho en el efecto que producía su elocuencia. Era verdadero emblema del padre de la luz: habia abrasado con su palabra cuando estaba á la mitad de su carrera, y al ir á trasponer de este mundo, tenia la misma magnitud aunque con mas tibios resplandores.

MARTINEZ DE LA ROSA: Es un orador sumamente correcto y fluido. Su palabra es la brisa suave de la tarde, el perfume de la flor, la corriente mansa del arroyo, que trae á nuestros oidos un rumor dulce y delicioso. Se inflama y eleva cuando la materia lo requiere, y entonces entra en las regiones de la grandí-eloquencia, y sus golpes son tan profundos como certeros. Pero aun en estos momentos solemnes conserva todo su arte y toda su armonía, como el gladiador antiguo cuidaba de conservar su gracia y su elegancia aun para caer. En sus pensamientos hay algunas veces mas belleza que solidez, y suelen parecerse á las piedras falsas que deslumbran con su brillo, hasta el punto de tomarse por verdaderas. En lo que se le encuentra mas armonioso y fe-

liz, es en las amplificaciones de nombres, de adjetivos y de verbos, que maneja con una destreza singular. Frecuentemente, cuando pasada la impresion fascinadora del momento examinamos sus raciocinios á la luz de la lógica inflexible y en la calma y serenidad del espíritu, los hallamos muy diferentes de lo que nos habian parecido, y les notamos varios puntos por donde flaquean. Entonces conocemos que la mayor parte del mérito estaba en el ropaje y en el modo de presentar las ideas, y admiramos mas y mas el talento de este orador.

CORTINA: Este es el Focion de nuestros dias. Su arma es la lógica mas severa, unida á la sagacidad. Habla con la correccion de un libro, con el aplomo de un jurisconsulto, y con la destreza de un hombre que ha empleado la mayor parte de su vida en los debates judiciales y políticos. El sello de sus discursos es la profundidad en los conceptos, la severidad en los principios, y la mas esmerada urbanidad en las formas. Sus demostraciones son tan vigorosas y exactas, que parece haber trasladado las matemáticas á la tribuna. Su decir es grave; y si no siempre arranca el auditorio del sitio en que está para llevarle en las ondulaciones de su palabra á las regiones de la fantasía, le hace conocer que donde está se encuentra muy bien, y que allí se siente completamente convencido. Se necesita suma habilidad para destruir un discurso del Sr. Cortina; porque todas sus partes están trabadas entre sí del modo mas fuerte é indisoluble, y forman un todo compacto é inespugnable, parecido á la falange Macedoniana de que nos hablan los antiguos historiadores.

OLÓZAGA: Cuanto tienen los discursos de Cortina de concision y rigorismo, tienen los de Olózaga de expansion, de belleza y de brillantez. La palabra de este ora-

dor es tan clara como su pensamiento, y en su pensamiento se retrata una lógica feliz que no la enseñan los libros. Cuando se apodera de un concepto, lo sigue y desmenuza hasta en sus últimas aplicaciones; pero con tal tino y elegancia, que nos parece estar á la flor de la agua, cuando en realidad estamos sobre las arenas que le sirven de lecho. En los discursos de Olózaga hay ingenio para encontrar medios y salidas inopinadas, talento para dirigir estos medios, y elocuencia para darles toda su importancia y todo su valor. Su decir es claro y reposado, sus giros bellos y pomposos, sus ademanes dignos y nobles; y cuando se eleva es fuerte como la tempestad y asolador como el rayo. Sus palabras tienen alguna vez una amargura disfrazada que hace penetrar el dardo hasta el corazón. Olózaga es un rival muy temible en la tribuna, porque es imposible sorprenderle, y casi imposible derribarle. Se plega con igual facilidad á todas las materias y á todos los géneros de elocuencia, y en los momentos de calor ejerce una virtud magnética que le hace dueño de cuantos le escuchan sin pasión ó sin prevenciones.

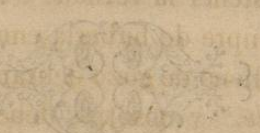
ALCALA GALIANO: Una parte de la ventaja de este orador, consiste en su pronunciación sonora, medida y diestramente acompasada de que se conoce ha hecho un particular estudio, y en los ademanes y acción con que la acompaña. Cópiese exactamente un trozo que en boca del Sr. Galiano haya hecho grande efecto, repítalo cualquier otro sin alterar una sílaba, y sin embargo, ya no es el mismo ni gusta como antes. Este orador es correcto, afuente, vigoroso, con un pensamiento rápido como la exhalación y con una erudición vasta y variada, que le ofrece recursos continuos en sus brillantes peroraciones. Cuando le oímos nos identificamos con él,

pensamos como él piensa, y sentimos como él siente. No hay materia por árida que sea, que no se amenice en sus labios. Su fuerza en la tribuna nó es la de los hombres comunes ni aun de los atletas; es la de los titanes que arrancaron los montes y los pusieron uno sobre otro para escalar el cielo. En resumen: A Argüelles se le conocía en la tribuna que era sobre todo Español, á Martínez de la Rosa se le conoce que es poeta; á Cortina se le conoce que es abogado; á Olózaga se le conoce que es diplomático; pero á Galiano solo se le conoce que es cosmopolita en todas las materias, en todas las ciencias y en todas las profesiones.



pensamos como él piensa y sentimos como él siente. No hay materia por sí sola que sea, que no se encuentre en sus lapsos. Su fuerza en la tribuna no es la de los hombres comunes ni aun de los atletas; es la de los héroes que arrancaron los montes y los pusieron uno sobre otro para escalar el cielo. En resumen: A. Aguirre nos se le conocía en la tribuna que era sobre todo España. ¿Martín de la Rosa se le conoce que es poeta; ¿Cortina se le conoce que es abogado; ¿Olivero se le conoce que es diplomático; pero ¿Galano solo se le conoce que es cosmopolita en todas las materias, en todas las ciencias y en todas las profesiones?

... y a medida que el viajero se acerca desaparece el... horas de calor mates aparentes que separan los pueblos... y a medida que el viajero se acerca desaparece el... y a medida que el viajero se acerca desaparece el...



que nos envía un color azul. Creemos que esa atmósfera tiene una altura inmensa, y su elevación está calculada en miles de metros. Creemos que el globo en que vivimos es sólido y compacto y las teorías geológicas nos revelan que no pasa de veinte leguas el espesor de su corteza solidificada. Creemos que el sol se mueve de oriente a occidente y en la tierra la que gira en esta dirección. Creemos que ese sol es el más grande de los astros y deben ser muchos mayores otros colocados a distancias incalculables de los cuales tarda la luz en llegar a nosotros más de tres años. Hay

CAPITULO X.

Reglas generales sobre cada una de las partes del discurso parlamentario.

Dos pensamientos debe proponerse el orador político, procurando después adornar su obra con las galas de la dicción. El primero revelar y sostener la verdad; el segundo defender los derechos de la humanidad y de la justicia, único objeto digno de la verdadera elocuencia. ¡Revelar y sostener la verdad! . . . ¡ Y quién podrá estar seguro siempre de haberla encontrado! Arquimedes la saludaba lleno de gozo delirante con las palabras: *"la hallé, la hallé,"* y nosotros deberíamos muchas veces buscarla con el mismo afán, en lugar de resignarnos perezosamente con el error á que en nuestro corazón levantamos altares. No podemos conocer lo que las cosas son en sí mismas; solo penetramos lo que son respecto á nosotros, y todavía en esta relación dada, nuestros órganos nos engañan frecuentemente, y nuestros juicios sobre las primeras impresiones suelen ser falsos, aun acerca de los objetos que tenemos mas á la vista. Nos parece que la bóveda que está sobre nuestras cabezas es un cuerpo sólido y no es mas que el aire, el éter

que nos envía un color azul. Creemos que esa atmósfera tiene una altura inmensa, y su elevación está calculada en solas catorce leguas. Creemos que el globo en que vivimos es sólido y compacto, y las teorías geológicas nos revelan que no pasa de veinte leguas el espesor de su corteza solidificada. Creemos que el sol se mueve de oriente á occidente, y es la tierra la que gira en opuesta dirección. Calculamos que ese sol es el más grande de los astros, y deben ser mucho mayores otros colocados á distancias inconmensurables, de los cuales tarda la luz en llegar á nosotros más de tres años. Hay soles falsos, hay lunas falsas, se ven en Egipto en las horas de calor mares aparentes que separan los pueblos, y á medida que el viajero se acerca desaparece el encanto, y queda la triste y desconsoladora realidad. ¡ Imágen verdadera de la dicha que buscamos en la vida, y que no está nunca en el punto á que se dirige nuestra anhelante esperanza!

Y si tan espuestos estamos al error aun en las cosas materiales que directamente obran en nuestros sentidos, ¿ qué será en las combinaciones que fabricamos sobre aquellos falibles elementos, qué será en las nociones é ideas abstractas sobre las cuales descansa el mecanismo de todo sistema? No diremos con Carneades que no hay verdad relativa, ni daremos valor á los argumentos con que aquel orador peligroso entretenía la espectación pública en su lucha con Crísipo: pero sí diremos que es casi siempre difícil encontrar la verdad, y no pocas veces peligroso revelarla á los que no quieren oirla. Sin embargo: este es el primer deber del orador parlamentario, y que renuncie á serlo el que no tenga bastante valor para anunciar sus ideas con franca libertad y con indomable independencia.

Defender los derechos de la humanidad y de la justicia, hemos dicho que debe ser el segundo pensamiento del orador parlamentario. Ninguna empresa más noble y digna que esta, porque nada hay tan elevado y consolador como servir á la causa de la civilización. Los pueblos no son por lo común obcecados y turbulentos, como los pintan los que dan el nombre de osadía y de inquietud á la queja dolorida y á la reclamación justa de los derechos que la naturaleza y la razón les conceden. Su suerte es con frecuencia desgraciada. Aun en la misma Roma que tanto se nos pondera, no tuvo el pueblo por mucho tiempo otra consideración que la de pagar los tributos y la de ir á derramar su sangre en las batallas por un gobierno ambicioso que aspiraba á la dominación del mundo. Si después se le sometía á la acción de los tribunales, los jueces eran los mismos patricios, sus encarnizados é insolentes enemigos; y repetidamente se les castigaba, y se les castigaba con dureza si había levantado su voz en el foro ó en las asambleas populares. No fué mejor su suerte bajo los decenviros, y el atentado de Apio contra la hija del plebeyo Virgino dió ocasión á que la sangre de una honesta doncella librara de la tiranía á Roma, como antes le había librado la sangre de una casta esposa. En la monarquía como en el decenvirato, el pueblo fué oprimido sin piedad y explotado sin conmiseración.

En Grecia, maestra de la ciudad de Rómulo, se cazaba y asesinaba á los Iotas para adiestrar á la juventud en estos ejercicios impíos, y era de fórmula el juramento de ser siempre hostiles al pueblo, y de no darle más que funestos consejos. Nosotros hemos alcanzado el tráfico de negros, y hoy mismo en los Estados Unidos, de formas republicanas y con la pretensión de ser

el pais mas libre y civilizado del universo, se mira como un crimen darles instruccion, como si la diferencia de color estableciera diversidades esenciales entre los hombres, y los redujera á la clase de bestias. Para oprimir á los pueblos se ha querido siempre que permanecieran en la ignorancia. Alejandro escribia á su maestro Aristóteles quejándose de que hubiese publicado sus libros, y le decia: "¿En qué seremos superiores al resto de los hombres, si las ciencias que me has enseñado llegan á ser conocidas de todos? Mucho mas celebraría superarles en conocimientos elevados, que en poderío."

Pero el orador toma á su cargo ilustrar al pueblo revelándole su alta dignidad, y asi es como por el camino de la verdad y de la instruccion le hace llegar á ser libre, porque un pueblo verdaderamente instruido no puede permanecer esclavo.

Conocido, pues, el punto á que el orador se dirige, vamos á empezar á trazarle el camino que debe seguir, y el modo de llamar el auxilio de la palabra, de la imaginacion y del talento, en favor de sus filantrópicas aspiraciones.

En los capítulos siguientes daremos reglas especiales sobre cada una de las partes de que consta el discurso parlamentario; en este queremos limitarnos á marcar el fin principal que ha de proponerse en ellas el orador.

En el exordio debe procurar esencialmente ser claro, sencillo y agradable. Huya, pues, en esta parte del discurso que prepara los ánimos, que cautiva la atencion y que allana los caminos á las convicciones, de ser redundante, hinchado, confuso, y sobre todo áspero y rudo. Corina en la poesía arrancó el premio al famoso Píndaro, á pesar de que todavia se señala la escelencia

de los versos con el nombre de Pindáricos, y esta diferencia y este triunfo se debia á que Píndaro era á las veces áspero y bronco, al paso que Corina daba á sus producciones una melodía y dulzura que halagaba al oído é interesaba al corazon. Lo mismo sucede en los discursos y particularmente en los exordios, que son la preparacion y el cimiento para la grande obra que sobre ellos se debe levantar.

Hay ocasiones, sin embargo, en que el exordio en vez de dulce y armonioso, debe ser acalorado y vehemente, y es cuando están escitadas las pasiones por los discursos anteriores, cuando un peligro grande ha puesto en tension los espíritus y dado energia á los afectos, cuando la impresion general es solemne y elevada. Asi vemos que Ciceron en su oracion contra Catilina, no empieza con calma ni busca palabras dulces y armoniosas, sino que rompiendo como las aguas comprimidas que destruyen el dique, se dirige al conspirador con este tremendo apóstrofe: "¿Hasta cuándo, oh, Catilina, has de abusar de nuestra paciencia? ¿Por cuánto tiempo hemos de ser juguete de ese furor que te agita?"

La proposicion debe ser sumamente concisa, y la division metódica y lógica, de manera que se vea la afinidad, enlace y dependencia de todos sus miembros. Estas dos partes tienen por objeto simplificar y esponer en el modo mas claro la materia del debate, y servirian mal á este fin si la complicaran ú oscureciesen.

En las pruebas debe haber principalmente fuerza, y procurarse el mayor orden en su esposicion, para que lejos de perder nada de su importancia, ganen por el ingenioso climax con que se vayan enlazando y sucediendo.

En la parte patética no debe atenderse á otra regla

que á la de dejar hablar á la pasion que mueve siempre los corazones de los que escuchan, cuando se ve nacer espontáneamente del asunto y de los afectos del orador. Consultar en estos momentos la correccion, es hacer languidecer el discurso en la parte que debe ser mas viva é inflamada; es querer ganar una ventaja insignificante á espensas de la grandeza del pensamiento y de la palabra. Entonces el cuidado esmerado por la correccion produce debilidad; y siempre que esta funesta manía se generaliza y convierte en sistema, es el síntoma mas positivo de la decadencia del arte. Cuando en medio de la vehemencia se quieren consultar todas las reglas y no se deja de la mano la escuadra y el compás, tiene que contraerse necesariamente esa timidez infecunda que corta las alas, y á lo mas se consigue un género de belleza muerta que consiste en la falta de defectos, en una pulidez fria y monótona, enemiga de los movimientos enérgicos y de los magníficos trasportes. Habrá si se quiere finura y proporcion en los detalles; pero no grandeza en el conjunto. Será la palabra el soplo suave de las auras que nos agrada y nos deleita, pero no será el huracán que nos levanta á pesar nuestro de la tierra ó del polvo sobre que descansaban nuestros pies. Cualquier orador produce esa impresion blanda y sonora, hija de una correccion afanosamente estudiada; pero pocos son los que logran dar á la palabra esa animacion mágica é irresistible que nos conmueve, nos trastorna y nos subleva hasta contra nuestra propia conciencia. Por eso sin duda dijo Quintiliano: “Muchos hubieran ejecutado los ornamentos de Júpiter Olímpico mejor que Fidias: pero ¿y el alma? ¿Y la vida? Nadie.”

El epílogo y la conclusion deben ser la muestra del último esfuerzo, y en ellos, trayendo á la razon y al sen-

timiento á un solo punto, debe la pelea tomar el carácter de una lucha en que se ciñe el campo y se junta á los combatientes para que se lancen el golpe decisivo, ó rompan en el encuentro sus armas. Es el símbolo del luchador que abraza á su adversario y le estrecha desesperadamente contra su pecho hasta hacer que se confiese vencido, ó que exhale el último aliento.

Si al concluir el discurso el auditorio no se encuentra agobiado bajo el peso de la conviccion que se ha producido en su alma y de la pasion que se le ha hecho sentir, debe quedar descontento de sí propio el orador, y seguro de que no ha llenado su fin ni sido dichoso en sus tentativas. Habrá hablado, habrá agradado mas ó menos con su arenga; pero no habrá hecho el milagro que en circunstancias dadas y en boca de ciertos oradores es concedido obrar á la palabra.

